el fondo eran una misma cosa. Es cierto que la religión se presentaba en los misterios pura y simple, desechando la infinidad de fábulas con que los poetas habían oscurecido la naturaleza de los dioses, y presentando á éstos como representaciones distintas de una sola fuerza universal é inteligente, poco más ó menos, como la entendieron y confesaron los neo-platónicos; pero la religión del pueblo era desde un principio la misma, no teniendo otro carácter diferencial que el antropomorfismo. Los dioses habían llegado á ser para el pueblo como una especie de hombres muy grandes y poderosos. ¿Acaso no queda mucho de esto todavía en ciertas religiones populares?

En los misterios sabían mejor á qué atenerse respecto á la naturaleza de los dioses. Por invariable tradición, tal como suele conservarse en los colegios sacerdotales, conocían éstos los orígenes algo velados ya de la religión, cuya pureza les había sido confiada. De este modo en los misterios se daba una enseñanza verdaderamente arcáica, sin antropomorfismo, que no dejaba de ser por eso la religión popular.

Hubo un hombre, Tomás Blackevel (1), que llegó á comprender que las fábulas, explicadas de la manera que se venía haciendo, ni se entendían, ni daban la menor idea de una religión, y así tuvo el valor de manifestarlo; pero en cambio De-Brosses llevó su atrevimiento hasta inculpar á los neo-platónicos y á la religión griega, producida según él por un exceso de estupidez, en lugar de reconocer humildemente, en vista del caos y de las dificultades de la interpretación, su falta de conocimiento. Cour de Gibelin vino á complicar más el asunto tomando por mitos primitivos, fábulas secundarias é invenciones poéticas posteriores, ha-

(1) *Letres sur la Mithologie*, 1748.

ciendo alarde al mismo tiempo de arbitrarias etimologías. Por fin Heine, Meiners, Hancarville y Görres el primero volviendo al fisiologismo, el segundo á la creencia en los genios divinizados, y los dos últimos viendo el dios de los patriarcas en todas las religiones, tuvieron miras ingeniosas sin poder fijar la exagesis con su sistema que por bello que fuera á los ojos de un creyente, no podía satisfacer las exigencias científicas. Cudworth, Wadwurton y Burigni les siguieron. Todos conocen el famoso libro de Dupuis: *El origen de todos los cultos*, que llegó á explicar bastante bien algunos mitos solares, como Hércules y Jason; pero que no pudo reducir, ni explicar ningún otro á causa de su reducido punto de vista.

Así como Bayle cierra el siglo XVII burlándose de todos los sistemas que durante él tuvieron vida y exposición, así el poeta Bossio se mofa al concluir el siglo XVIII del fisiologismo y de la *inmundicia alegórica*, negando en sus *Cartas mitológicas* que pueda explicarse el origen de las fábulas en ningún sentido filosófico. Ni faltó tampoco un resumen general al fin del siglo, pues Bailly fundió todos los sistemas, dando entrada en el suyo á todos los elementos que habían jugado un papel en la exagesis.

En nuestros días continúan los trabajos de interpretación mítica, con mayor ardor y más abundancia de datos, después de los viajes y estudios de lenguas y religiones en todas partes del mundo, con que tanto enriquecieron la filología: Cook en Persia, Castren en Siberia, Estanislao Julien, en China, Zeisberger en América del Norte, Sir G. Grey en Nueva Zelandia, Caldwel en la India Meridional, Bleek y Applegard entre los cafres, y Humboldt en Jaba y por todo el mundo.

La última palabra no se ha dicho aún, sin embargo,

ni tenemos nosotros la pretensión de pronunciarla, conformándonos con señalar algunos puntos de vista nuevos, y abrir, aunque no sea más que una estrecha senda, que pueda ser ensanchada por los que sigan nuestros pasos.

Los sistemas antiguos subsisten todavía, el eveemerismo, el fisiologismo, el eclecticismo, tienen hoy esclarecidos representantes, y esta es la mejor prueba de que la exagesis mítica no se ha fijado aun, por mas que Otfried Muller haya tenido el honor de indicar el verdadero método en sus prolegómenos á una mitología científica, en 1825, viendo en los mitos la obra sencilla de la humanidad en su infancia. El mito le aparece como un acto inconsciente y necesario, por el cual el espíritu del hombre, incapaz de abstracción, considera todas las cosas bajo forma concreta y viva. El mito es luégo embellecido y desfigurado por el capricho de la tradición y por la fantasía de los poetas. Hay, pues, que remontarse á las formas antiguas y simples. Así proceden Gerhard, Welcker, Preller. La lengua es el gran auxiliar de este estudio: «la madre de los dioses y de los héroes» como la llama Creuzer. Es preciso ponerse en cuanto sea posible en el estado de espíritu de los hombres primitivos, y tener un sentimiento profundo de la naturaleza y una especie de adivinación poética, si se quiere descifrar con verdad.

Por nuestra parte, creemos, con ciertas salvedades, en el *nómina númina* de Max Muller, es decir, en que sólo podemos tener conocimiento de lo que son los dioses por sus nombres. Los datos filológicos que hoy existen, pueden llevarnos á descubrir su verdadera significación por medio de la etimología comparada, quedando reducido el estudio de las fábulas secundarias á un simple análisis psicológico de asociación de

ideas. De este modo únicamente el misterioso origen de los dioses dejará de ser un secreto.

El procedimiento que habremos de emplear será sencillo: Habiendo reconocido que los idiomas aglutinados ó turanianos no pueden menos de ser en virtud de la ley de evolución sancionada ya por la experiencia, anteriores á los modernos de flexión ó indo-europeos, buscaremos en los primeros las formas primitivas de los nombres de los dioses. Entre los diferentes pueblos de origen turaniano, preferiremos para la comparación aquellos que por su importancia etnográfica ó por la extensión de sus emigraciones, han debido influir más poderosamente en la cultura prehistórica de nuestras razas, haciéndolas herederas de su religión y vagas tradiciones; tales son: el acadiano ó turaniano de las inscripciones cuneiformes; el eúskaro, que como G. de Humboldt comprendió, el primero, es acaso la lengua que ha quedado más fiel al espíritu primitivo (1), y el tártaro mantchú hablado siempre por esas tribus inquietas y agitadas que forman el foco de población de una gran parte del Asia. Por último, estableceremos las analogías y haremos notar la descomposición de aquellos mismos nombres con arreglo á leyes fijas y determinadas, y su tránsito á los idiomas de flexión.

---

(1) *Essai sur le basque* de S. Humboldt, á la suite du Mistridate d'Adelung et Vater.